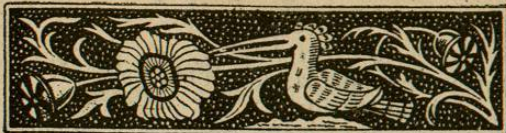


El resultado de todo fue que el doctor don Diego Laxtal, a quien ya había reconocido el penitente doctor en la per-
sona del herido, no sólo salvase la vida,
sino también el brazo. No se sabe como
los huesecillos rotos y disgregados que
con el estirpe había paladeado dentro de
la herida el doctor Narra, en absoluto
dispersion se juntaron y aparecieron de
nuevo. El caso fué que Laxtal se levanto
de la cama y que aunque con el dolor en
aquél miembro y escribiendo salidas y ha-
ciendo otros manesteres tan útiles como in-
tercantes.

Uno de ellos fué el de casarse poco
tiempo después con nuestra conocida la
caritativa y hermosa Rosalia y no
determinadamente con la mano izquierda.



Suprema fineza.

A Francisco Gosa.

I

La noche estaba hermosísima, era una
de aquellas plácidas de octubre, que son
tan celebradas en Citala. El cielo inmen-
so se ostentaba limpio, sin una nube, sin
el más leve vapor que empañase su cris-
tal, y la casta Diana, más blanca y brillan-
te que la nieve, bogaba por el espacio,
como barca de luz en un océano diáfano
y puro. Eran las altas horas de la noche;
no circulaban traseuntes por las desier-
tas calles, y las puertas y ventanas de las
casas, estaban bien cerradas. Parecía una
aldea encantada, petrificada; ó bien, una

López Portillo.—34

Pompeya exhumada, de población olvidada y desaparecida.

Sentiase que aquella soledad y aquel silencio eran propicios á los amores. Los enamorados del lugar, al influjo de la beatitud ambiente, acostumbraban pelar la pava, como suele decirse, por la reja, á las altas horas de la noche. Después de la cena, cuando el papá y la mamá daban la señal del descanso, obedecía la damita y pasaba hipócritamente dos ó tres horas en su cuarto fingiendo dormir; pero tan pronto como el sonoro roncar de sus progenitores hacía temblar las paredes domésticas, deslizábase sin zapatos y en media, para no hacer ruido, á través de la alcoba paterna, abriendo cuidadosamente las puertas, cuyos goznes había aceitado por el día para que no murmurasen, y, llegando á la sala que daba al exterior, entreabría la ventana, y, sin más testigo que la casta diva, ni más líneas de separación que el espesor interrumpido de las rejas, se entregaba á regalados coloquios amorosos con el predilecto de su corazón. A la mañana siguiente, negábase la desvelada damita á levantarse temprano, pretextando un sueño invencible de clorótica; y, ya casi al sonar las doce, dejaba el lecho y tomaba con desgano el desayuno primero y á poco la comida, con una falta de apetito que alarmaba á sus deudos en alto grado. Entre

tanto, el médico de la casa recibía informes penosos sobre la salud de la niña: adolecía de una falta de apetito mortal, dormía catorce horas diarias, estaba descolorida y ojerosa, y no tenía alientos para nada. Y la quina Laroche, el hierro dializado y la emulsión de Scott andaban al trote por aquella casa, sin que la virgencita pálida recobrase sus colores, ni dejase de tener círculos oscuros en derredor de los ojos, ni durmiese menos que una marmota. ¡Oh, si la luna hablase!

II

Una de esas noches, pues, digna de despavilar á los druidas y de ser cantada por un coro de Norma, acudió Filiberto Leal á la una de la mañana, á la cita que Angela Castillo le había dado para que charlasen por la reja. Filiberto era un joven trabajador y honrado á carta cabal, y sin otro defecto que el de ser extraordinariamente exaltado y vehemente. Debido á eso, sus amigos le apodaban de loco. No podía explicarse de otra manera el arrebató, la furia verdadera con que se entregaba á cualquier sentimiento. Para él no había términos medios: ó amaba ó aborrecía, ó reía ó lloraba, era soberanamente feliz ó extraordinariamente desgraciado. Angela, su adorado tormen-

to, era de carácter diametralmente opuesto al suyo. Alegre y frívola, pasaba la vida en chacoteos, donaires, fiestas y carcajadas. Filiberto había tomado por lo serio sus amores; para Angela eran asunto de pasatiempo. Tener un adorador, verse seguida por él á todas partes, recibir cartas perfumadas, y encontrar á diario flores en la ventana, como si fuera el altar de una diosa; triunfar entre sus amigos al verse objeto de culto fervoroso, y engreírse con la idea de que había quien la quisiese con locura, mientras ella conservaba aquel grado de equilibrio mental llamado ecuanimidad por los filósofos, era para ella un deleite tan grande, que la ponía fuera de sí. Tanto más cuanto que, á pesar de las relaciones que sostenía con Filiberto, no se privaba de ir soltando por donde caminaba, botafuegos de miradas, sonrisas encantadoras, ó comprometedoras frasecillas, que los mozos más guapos del pueblo recogían y se apropiaban, como los cortesanos de Ana de Austria las perlas de Buckingham.

Eso era precisamente lo que Filiberto no podía tolerar, y hacía que sus amores con Angela, á pesar de la alegre juventud de los protagonistas, tuviesen más de drama que de idilio. No hubo vez que hablasen los jóvenes por la ventana, que no fuese su conversación una borrasca. Siempre tenía él quejas contra

ella; y las exponía con tal calor y con tan grande arrebató, como si se tratase del caso más espeluznante de infidelidad pintado por Tamayo y Baus, ó por los dos Dumas. Pero ella le escuchaba con mohín casi burlón, sin tomarlas por lo serio, y daba explicaciones superficiales sobre lo ocurrido, concluyendo por cegar y aturdir á Filiberto, echándole á los ojos el polvo de oro de sus gracias, y tapándole materialmente la boca con la blanca, tibia y satinada mano.

Así terminaban las requisitorias de Filiberto, por el encantamiento, y no por la persuasión; de suerte que el malestar y las pasiones del joven seguían gritando en su corazón, como los canes que á la voz del amo dejan de acometer al extranjero, pero no de gruñir ciléricos y desconfiados.

De algún tiempo atrás, habría Filiberto reconcentrado sus alarmas en la frecuencia con que trataba su amada á un joven escribiente del Juzgado, llamado Calixto Mendoza. Era Calixto un muchacho alegre y bullanguero, que andaba siempre de fiesta, rasgueaba la guitarra y bailaba como una peonza. Su carácter jubiloso y chancero, sus maneras desenfadadas y su conversación chispeante y graciosa, le granjeaban de continua el favor del bello sexo; y donde quiera que llegase, visita, banquete ó tertulia, era visible la ale-

gre y favorable acogida que le dispensaba el bando femenino. Para todo servía de vehículo la vihuela, porque la pespunteaba con donaire, y no sólo acompañaba con ella sus propios cantos, melancólicos ó alegres, sino los de todas las muchachas que sabían soltar la voz; y hasta solía formar dúos con ellas, sirviendo su acento grave y profundo, para subrayar los acentos cristalinos y dulcísimos de las primas donnas.

Ultimamente, habíase dado con bastante frecuencia el caso de que Angela y Calixto cantasen juntos en las tertulias. Y como lo hacían á maravilla y se armonizaban perfectamente sus voces, no había reunión en que no les pidiesen la ejecución de aquellos dúos, que todos aplaudían y que tanto hacían rabiarse al nervioso Filiberto. Y siempre, después de tales exhibiciones de arte, cuando Angela y su novio hablaban por la reja, había entre ellos escenas violentas, en las cuales éste se quejaba, amonestaba, suplicaba y lloraba; y aquella se enfadaba, ó reía, ó bien, sin comprometerse seriamente á cosa alguna, acababa por reducir al silencio al desgraciado joven, por medio de halagos y de mimos.

III

La noche á que nos referimos, estaba destinada á ser de trascendencia en los

amores de los jóvenes. Pocas horas hacía, había concluído una tertulia en la casa del Juez de Letras, y allí, como de costumbre, Angela se había mostrado frívola y casquivana. Las dos horas mortales que había durado la reunión, habían sido de cruel martirio para el pobre Filiberto. Aunque novio titular de la joven, había representado un papel secundario en la fiesta; porque el mismo efecto profundo que á aquella tenía, daba tal gravedad á su rostro; á sus maneras y á su acento, que en cierto modo chocaba con la ligereza y con el júbilo de los saraos y pasatiempos á que concurría. La palma se la habían llevado los más desenfadados, graciosos y alegres; y en el coro que ellos formaban, y no en el rincón donde se ocultaba Filiberto, había sonado constantemente la voz risueña y jacarandosa de Angela, quien había tenido donaires y sonrisas para todos, menos para su novio. El despecho y la cólera del joven llegaron á su máximo al final de la tertulia, con motivo del dúo, que como de costumbre, fué cantado por Angela y Calixto. A Filiberto le parecieron apasionadísima la letra y candente la música de aquella pieza. Los cantantes se habían lucido tanto, y habían cantado con tal expresión y maestría al interpretarla, que la reunión había aplaudido á rabiarse, y los había obligado á "bisarla."

Cuando Filiberto salió de la tertulia, apenas podía respirar, y se sentía enfermo, nervioso, exasperado. Había creído observar que Angela y Calixto se habían dirigido mutuamente las palabras de la canción, que las modulaciones de su voz habían brotado caldeadas por el fuego de su pecho, y que, mientras cantaban, se habían visto con ojos amorosos, completando así el profundo sentido de la letra y de la música que tenían en los labios. Había pensado provocar á Calixto, resuelto á quitarlo de en medio, ya fuese por la intimidación, ó por la violencia; pero sus amigos le habían hecho presente, que nada de todo eso había habido en aquel concierto de voces, y que sólo su suspicacia y su humor sombrío habían podido encontrar cosa censurable en esos pasatiempos. Resuelto á ser prudente, aunque á duras penas, pensó, pues, tentar una vez más los medios persuasivos que hasta allí habían sido ineficaces, para convertir á Angela en joven grave y sesuda.

Obra de las doce de la noche, hallándose apostado en la esquina de la casa de su novia, oyó el leve ruido de los cristales al abrirse, y vió á la luz de la luna la airosa silueta de Angela dibujarse entre las rejas. Luego voló á la ventana, y sin más preámbulo, dió rienda suelta á su enojo.

—¿Qué te has propuesto, Angela?, dijo.

—¿Con qué?, interrogó ella friamente.

—Con lo que haces.

—¿Qué hago?

—Ponerme en ridículo.

—¿Con qué?

—Coqueteando con todo el mundo.

—¿Yo?, preguntó la joven como si se tratase de cosa nueva y sorprendente.

—Sí, tú.

—¿Pero con quién?

—Con todos, grandes y pequeños, solteros y casados.

—¡Jesús!, ¡Jesús! ¿Te has vuelto loco? Vienes muy enfadoso. ¿Te ha dado hoy el ataque de nervios?

—No te burles, Angela, te hablo seriamente.

—Pues seriamente te digo que eres muy ridículo. ¿No sabe mi Filiberto que sólo á él lo quiero?

Y diciendo esto, sacó la pequeña mano por entre las rejas, y cogiendo el bigote castaño del joven, le dió delicados tironcitos. Filiberto sintió como un golpe eléctrico, y casi se olvidó de lo que iba diciendo; pero era tan honda su rabia, que se sobrepuso á su emoción, y continuó secamente:

—No, Angela, ahora no me dejaré envolver como las otras veces. Estoy resuel-

to á que arreglemos nuestros negocios definitivamente, como deben de quedar.

—Válgame Dios, señor, ¡qué malo vienes!

—No lo soy, pero me vas á hacer malo, porque tu conducta me hiere tanto, que soy capaz de hacer un disparate.

—¡Huy! ¡Me da miedo!, exclamó Angela con tono zumbón.

—No te burles, no te rías, rugió Filiberto cogiéndose de las rejas como león enjaulado.

—¿Sabes que ya me voy enfadando?, repuso la joven con tono de disgusto.

—Pues más enfadado estoy yo, repuso Filiberto... ¿Por qué has cantado con Calixto? ¿No te lo he prohibido mil veces?

—¿No viste cómo me lo rogaron? ¿Qué querías que hiciera?

—Darme gusto: no cantar.

—¡Sólo que hubiera sido tan grosera!

—¿De suerte que todo el mundo está primero que yo? ¿A todos atiendes menos á mí?

—No digo eso; pero no puedo ser mal educada.

—Pues aunque lo fueras, dijo Filiberto con vehemencia, aunque lo fueras. Tienes que complacerme, porque eres mi novia, porque dices que me quieres, y porque te quiero tanto... tanto.

—Pero tienes unas cosas tan....

—¿Cómo? ¡Dilo!

—¡Tan extravagantes, tan inaguantables!.....

—¿Con que sí? Pues mira, Angela, te prohibo terminantemente que vuelvas á cantar con Calixto.

—Está bien, señor padre.....

—Angela, Angela, no te rías de mí; me exasperas.

—Cálmese usted, señor.

La cólera cegó á Filiberto.

—No, no te has de burlar de mí, exclamó; no te lo permito.

—¿Y qué vas á hacer?

—No sé, á matar á Calixto, á matar á los que se te acerquen, á matar á todos aquellos con quienes seas coqueta.

El rostro de la joven se tornó torvo y serio al escuchar tales palabras; las comisuras de su boca se elevaron y contrajeron con la expresión de un supremo disgusto.

—¿Y qué derecho tienes para eso?.... Francamente, Filiberto, estoy enfadada de tus genialidades. No quieres que vea, no quieres que hable, no quieres que me mueva. Todo lo que hago te parece mal; no puedo darte gusto en nada.

—Porque no quieres, porque no te da la gana, porque gozas con estarme matando á pausas.

—Yo no gozo con nada; lo que hago

es aburrirme. Estoy cansada de tí; no nos entendemos. Y lo mejor será....

—¿Lo mejor? ¿lo mejor?, repitió Filiberto sorprendido del giro que tomaba la conversación, y sabiendo apenas lo que decía.

—Lo mejor será que rompamos nuestras relaciones. No somos el uno para el otro. Busca otra mujer que te obedezca como esclava; yo no puedo.

—¿Qué estás diciendo, Angela?

—Que esta será la última noche que nos veámos, que lo dicho por no dicho, y que tú y yo quedamos libres para hacer lo que nos dé la gana..... Mañana te mando tus cosas.

Diciendo esto, se retiraba Angela de la reja. Filiberto logró asirla por una mano y la retuvo.

—¿De suerte que no me quieres?, le preguntó con exaltación.

—¡Suéltame!, dijo ella pugnando por desasirse.

—¿No me quieres?

—¡Suéltame!

—Hasta que me respondas. ¿No me quieres?

—¡No!, concluyó la joven logrando al fin soltarse y desapareciendo.

IV

Salió el joven de su casa la noche siguiente, como de costumbre, á eso de las ocho, hora en que solía pasar frente á las ventanas de Angela, quien en otro tiempo, "cuando Dios quería," se daba mañas para interrumpir la cena, salir un momento á la reja y cambiar con Filiberto algunas palabras, una sonrisa y un apretón de manos.

Filiberto sabía apenas de sí. Había pasado una noche y un día horribles, sin dormir, ni descansar; conjeturando, recordando, llorando, amenazando, rogando. En un momento se había desplomado el cielo sobre su cabeza; en un momento lo había perdido todo. Angela llenaba su pensamiento, su corazón, su pasado, su presente, su porvenir. Faltando ella, faltaba la clave del arco de su vida, el cimiento de la torre de sus sueños, la luz de sus ojos, el calor su sangre. No tenía programa para después.. ¿Para qué luchar? ¿Para qué seguir viviendo? Todo éso carecía ya de objeto. ¡Había formado tantos proyectos de dicha! Había comenzado á preparar la casita que hubiera debido ser el nido á sus amores, y había hablado ya á algunos amigos para que le sirviesen de testigos en su matrimonio. Ahora todo era inútil. A la hora menos

pensada, cuando nada parecía anunciar el desplome, había sobrevenido la ruptura rápida, irremediable.....

De pronto, al separarse de la reja, donde tuvo con Angela el último coloquio, había alimentado la esperanza de que todo pudiera arreglarse de nuevo, y de que la joven, pasado el arrebató, volviese sobre sus pasos. Pero se había equivocado. Por la mañana, muy temprano, Angela le había mandado cartas, retratos, relicarios, anillos, pelo, flores, y todo cuanto de él tenía. Filiberto le había escrito una carta muy tierna, rogándole revocase la sentencia, y ofreciéndole ser más razonable en adelante. En ella había vaciado el corazón, y hasta había llorado al escribirla....; tanto que en el papel iban letras medio borradas por rondeles de lágrimas. Pero Angela había contestado verbalmente con el mensajero, "que todo estaba definitivamente concluído entre ellos, y que era inútil su insistencia." Y lo más doloroso de todo, lo que más hondamente había lastimado al joven, era que Angela ni siquiera hubiese leído su carta, que se la hubiese devuelto cerrada; ¡No había querido oír las últimas palabras de su cariño, se había negado á escuchar la postrer plegaria de su corazón! Estenuado por el insomnio, por el dolor y por aquel trabajar constante de su cerebro, apenas sabía lo que hacía, y por dónde

andaba. El instinto y la costumbre habíanle llevado á la calle donde habitaba la ingrata, y sólo al pasar frente á sus rejas, se dió cuenta de donde estaba. Vió la fachada que le era tan conocida, analizó su arquitectura detalladamente, encontrando significado y tristeza en cada uno de sus detalles; y vió á través de los cristales y de los visillos las luces de la sala, y aun percibió formas confusas agitarse por la parte de adentro. Levantó luego los ojos al cielo y vió la luna redonda, blanca y clara, brillando en el espacio con luz apacible, pero fría é indiferente. Y recordó las incontables citas que á la luz de aquel astro había tenido en las ventanas cerradas ahora para él, con la mujer que tanto amaba, con aquella á quien había dado el alma y la vida. Vacilante, se apoyó en el muro frontero, y doblando la cabeza sobre el pecho, se echó á llorar.

En aquellos momentos, llegó á sus oídos el confuso acompañamiento de una guitarra. A poco, en el silencio de la noche, sonó un canto. Era la popular poesía de Zayas Enríquez, "Primaveral," cara á los enamorados, y que un artista anónimo ha exornado con música ardiente y melancólica, propia del trópico, de la juventud y de la pasión. Y percibió claramente sus versos:

en la sala. En medio de la reunión, sus ojos febriles distinguieron á Angela y á Calixto. No vió más.

—¡Infame!, gritó, ¡ingrata! Y levantando el arma, apuntó á la joven y opri-
mió el fiador.

Partió el tiro, se llenó de humo la estancia, sonó un grito agudo, y se vió á la joven vacilar y desplomarse de su asiento.

Y antes de que los concurrentes se hubiesen dado cuenta de lo que pasaba, cayó de rodillas Filiberto, llorando á los pies de su víctima y besándole las frías y pálidas manos.

Otras airadas y robustas lo sujetaron, lo estrujaron y lo golpearon. Voces indignadas le llamaron asesino y miserable. El no pronunció una palabra, ni opuso resistencia, y se dejó entregar á la justicia lívido, magullado, y con las ropas hechas girones.

V

La causa de Filiberto fué vista en jurado. Le defendió un abogado joven, de talento y elocuentísimo, quien logró per-
sundir al tribunal popular, de que su defendido era un desequilibrado. Médicos y testigos habían declarado que aquel joven había adolecido siempre de una exci-

tabilidad enfermiza; que tenía accesos extravagantes de risa y lágrimas; que todo lo tomaba con pasión exajerada; que todo lo veía abultado y deformado; y que siempre había inspirado miedo su exaltación.

Tales hechos, unidos á la naturaleza del impulso que le había determinado á herir á su novia, amortiguaron por modo extremo la indignación pública, que á raíz de los sucesos se despertó contra él. El amor vuelve locos á los hombres, ciega á los más prudentes, arma á los más tímidos, convierte en fieras á las ovejas, y es capaz de incendiar el mundo. ¡El amor! ¿Quién no lo ha sentido? ¿Quién no sabe que es dominante, subyugador y tiránico? ¿Quién de vosotros puede resistir de que, bajo el encanto ejercido por una mujer incomparable, no sea capaz de cometer las mayores locuras... crímenes tal vez? ¡El que esté limpio de vosotros, que tire la primera piedra! Pero si no lo estáis, no seáis demasiado severos con el hombre que ha sido víctima de esa pasión arrolladora, irresistible, omnipotente; antes bien, tenedle compasión. ¡Y así no os arrebaté su tempestad como á leves aristas!

La herida de la víctima fué grave, mortal. La recibió ésta en medio del pecho, y estuvo á punto de costarle la vida; pero se salvó al fin, y ahora aquella joven

hermosísima, gala y ornato de Citala, con el color de las rosas en las mejillas y con el brillo de la juventud en los ojos, si- gue deslumbrando á cuantos la rodean, como el sol á cuantos le miran.

Así dijo el joven y elocuente abogado, el día en que se reunió el tribunal popular para fallar la causa de Filiberto. Muy aplaudido fué el orador, y varias veces fué interrumpido en medio de su discurso por las aclamaciones de los circunstantes. Las personas sensibles que asistieron á la sesión, lleváronse el pañuelo á los ojos en los períodos más patéticos de la peroración, y en su fuero interno absolviéron á aquel guapo mozo, que, no por perversidad, sino por cariño, no por ferocidad, sino por pasión desbordada é incontrastable, había atentado contra la vida de la mujer que quería sólo para él. Y los graves jurados, (sastres, panaderos y sombreros honradísimos y sencillos) hondamente conmovidos también, sollozantes casi, dieron un veredicto unánime de inculpabilidad en favor de Filiberto.

No bien salido el reo de la prisión, cayó en los brazos de Angela, que le aguardaba á la puerta del tribunal!

Poco después se casaron los dos jóvenes.

Angela, insensible á las ternezas, flores y músicas con que Filiberto había pretendido ganarle el corazón, no había podido resistir á la suprema fineza con que aquel había interrumpido su dúo con Calixto.



CARILLA ALFONSO